

La jungla oculta a una chica que no debe morir



ORIGEN

JESSICA KHOURY



La joven Ivonne Fossey trabaja en una clínica privada a las ordenes del mezquino doctor Keibert. Este se encapricha de su empleada y trata de seducirla por todos los medios, consiguiendo solamente que ella le desprecie. Pero Ivonne se halla en una difícil situación familiar: su tía anciana está enferma y solo Hans Keibert puede operarla. Así que, para salvar a su tía, debe acceder a una boda con un hombre al que aborrece.

Primera Parte

Capítulo 1

¿**E**stás inquieta, Ivonne?

—Tal vez no.

—¿Solo tal vez, querida mía? Vengo observándote en silencio, nena; hace muchos días que veo en tus ojos ciertos celajes desusados en ti. Al principio creí que todo se debía al trabajo, luego me di cuenta de que mi observación era equivocada; y hoy, antes de salir para el sanatorio, tengo la pretensión de que me abras tu alma un poquito. Sabes muy bien, Ivonne, que lo representas todo para mí. Los hijos que nunca tuve, el marido que me faltó...

—¡Oh, tía, por favor!

—¿Lo ves? Hay algo que no funciona bien en tu interior. Me refiero a tu corazón. ¿Acaso te has enamorado?

Ivonne, que se hallaba con la cara pegada al cristal de la ventana, crispó la boca y se volvió con violencia.

—¿Enamorada?

—¿Por qué no, querida? Tienes dieciocho años, eres ya una mujer consciente; por ello nada tiene de extraño que te enamores.

Las facciones de Ivonne se alteraron un tanto. Era una muchacha lindísima, de ojos grandes y melancólicos, guardadores de un mundo de ternura que se empeñaba en estar oculto, como si algo amenazara el propio sentir blando y bueno de su corazón femenino. Había algo exquisito en aquella jovencita. Algo extraordinario en la mirada muy clara de sus ojos soberbios, y en el rictus de la boca que era

joven, roja y sensual y parecía haber sido ya lastimada. Tenía el talle flexible, el busto bien definido, palpitante y túrgido, y unas caderas redondeadas, muy bien adaptadas a su figura esbelta y juvenil. En aquel instante, en que se disponía a salir para su trabajo, vestía un modelo de tarde, oscuro, que amoldaba sus formas maravillosamente, y sobre él una simple gabardina beige, un pañuelo de colorines sujetando la rebeldía del cabello leonado, y se ponía los guantes en aquel momento cuando su tía cometió tal vez la imprudencia de hablarle de un posible amor.

—El amor, tía Martha, no se hizo para las chicas que deben trabajar diariamente —comentó con vaguedad—. Estamos de tal modo sometidas a una obligación indispensable, que no nos queda tiempo para pensar en posibles amores.

—Eso es una atrocidad, Ivonne.

—Tal vez, mas yo no lo considero así —miró hacia la calle y suspiró—. Tía Martha, es hora de marchar. No me gusta que la enfermera-jefe me llame la atención. Es una mujer agria y desagradable y me tiene ojeriza.

—¿Por qué?

Ivonne se encogió de hombros indiferente.

—Lo ignoro. Verdad es que jamás me preocupé de averiguarlo.

Tía Martha se aproximó a ella. Le tocó en el brazo y la joven se inclinó para ser besada en la frente.

—No me agrada que te crees enemistades, Ivonne. Eres una muchacha dulce y noble y lamentaría que alguien te lastimara.

Ivonne movió la boca. Tal vez iba a decir algo, pero se contuvo de pronto y se dirigió a la puerta.

—Hasta luego, tía. Hoy estoy de guardia y seguramente no vendré hasta bien entrada la noche. Me corresponde hacer la sala hasta las doce y tal vez me vea precisada a acompañar al director en su visita de inspección.

—Parece que eso te desagrada.

Ivonne cerró los ojos como si pretendiera alejar una horrible visión; mas la boca, aquella boca delicada y exquisita que deseaba el muy famoso doctor Hans Keibert, se mantuvo obstinadamente apretada.

—En absoluto —repuso con un deje de ironía que la dama, confiada, no acertó a definir.

Luego se despidió precipitadamente y salió a la calle. Una brisa húmeda bañó por un instante sus delicadas facciones. Hubo cierto sobresalto en su cara bonita, pero subiéndole el cuello de la gabardina lanzóse a la calzada y caminó deprisa hacia la parada del autobús.

Minutos después se ponía a la cola. El sanatorio particular de Hans Keibert se hallaba enclavado en las afueras. Todos los días, Ivonne hacía aquel recorrido sin desfallecer ni protestar aparentemente, mas en su interior había algo; algo terrible que protestaba airadamente contra el director y sus enfermos millonarios...

Le agradaba visitar las salas destinadas a los pobres. Era un sedante para el corazón blando de Ivonne.

—Querida —dijo una voz tras ella.

Ivonne volvióse. Ya sabía a quién pertenecía aquella voz. La joven se sintió en cierto modo reconfortada y segura al lado de Douglas Huxley. Era enfermero y su noble carácter se ajustaba al temperamento de Ivonne como ningún otro de sus compañeros.

—¡Hola, Douglas! —Sonrió, entregándole la mano que él estrechó afablemente.

Era joven, tendría aproximadamente 28 años; ojos negros, cabellos negros y una sonrisa diáfana en los labios. Ivonne al mirarlo pensó como múltiples veces:

«Es un gran amigo, un gran muchacho, pero jamás podré ver en él el posible amor de mi vida. Douglas es bueno, es cariñoso, me quiere; pero yo, mi gran temperamento que se oculta tras una sonrisa de indiferencia necesita algo más fuerte, más violento».

—Seguramente podremos coger este autobús —comentó él—. ¿Quieres tomar algo en ese bar mientras llega?

—Gracias. No merece la pena. Míralo, allí aparece. —Consultó el reloj—. Es muy tarde, amigo mío. Hoy tendremos que aguantar las ironías de la enfermera-jefe.

—No la soporto. ¿Y tú, Ivonne?

—La tengo aquí. —Y cómica señaló la garganta.

Llegó el autobús. Se acomodaron uno al lado del otro.

—¿Quieres fumar, Ivonne?

—Bueno.

Encendieron sendos cigarrillos y la joven expulsó con voluptuosidad una gran bocanada, entre cuyas volutas su rostro quedó casi oculto.

—Ayer estuve de guardia, Ivonne. Te aseguro que no había quién soportara el genio del director. Despidió a dos enfermeras, maltrató al portero y después se lio a reñir con los médicos. —Hizo una pausa y añadió interrogante—: Dime, Ivonne, ¿qué concepto te merece Hans Keibert?

La joven apretó los labios sutilmente. Luego movió los ojos dentro de las órbitas y al fin sus labios dibujaron una vaga sonrisa.

—Nunca me he detenido a pensarlo. Pero me gustaría saber qué piensas tú de él.

—Nada que le favorezca. Creo que todos le odiamos un poco. Hay que reconocer que el doctor Keibert, además de mundialmente famoso, es cruel. El otro día una señora mal trajeada, con los ojos hinchados de llorar, solicitó una entrevista. Tú sabes que para llegar a su despacho hay que hacer números, ¿no es cierto? Pues bien, aquella mujer era de una belleza sorprendente, aunque sus ropas desmerecieran un tanto dicha hermosura. El doctor Keibert se negó a recibirla. Dijo que su secretaria se encargaría de ella. Pero luego, al salir y verla a través de la ventana, consintió súbitamente en atenderla. ¿Adivinas los motivos?

Ivonne cerró los ojos. Las volutas ascendían suavemente, y la muchacha bendijo interiormente aquella casualidad

que ocultaba el fulgor extraño de su mirada.

—¿Y después? —preguntó con un hilo de voz.

—Después... ¡Bah! Yo fui el encargado de conducirla de nuevo a la calle. Y me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Lo de siempre. El doctor no podía en forma alguna atender a su marido enfermo porque precisaban un certificado para entrar en la sala destinada a los pobres, y ella no podía obtenerlo debido a su calidad de extranjera. En cambio, sí podía entrar en la sala de pago tras haber transcurrido quince días. Pero la dama no disponía de medios para abonar al doctor la crecida cantidad que habitualmente exige a cambio de una operación difícil. Tú sabes, Ivonne, como lo sabemos todos, que el doctor Keibert es un genio con el bisturí. He visto despojos humanos convertidos en seres maravillosos en el corto espacio de unos días. Pero si aquel hombre o mujer penetraba en el sanatorio con la bolsa llena, salía con ella vacía, aunque su rostro dejara de ser una monstruosidad. Todos reconocemos la inteligencia de nuestro director, pero le falta humanidad. Para él no existe la compasión ni el deber. Solo el dinero, la fama amasada con montones de dólares. ¡Bah! Me gustaría ser médico para librar a la humanidad de tanto indeseable.

Ivonne había terminado el cigarrillo y tiraba la punta manchada de rojo por la ventanilla abierta. Luego, al detenerse el vehículo, saltó al suelo precedida de Douglas. Aún faltaba un buen trecho antes de llegar al sanatorio, y los jóvenes apresuraron el paso.

—Ivonne, aquella dama no me ha dicho nada al respecto, pero yo intuí algo en el mirar apagado de sus hermosos ojos —añadió el muchacho, cogiendo el brazo de la joven—. Casi puedo jurar que Hans Keibert exigió algo, aunque no fuera dinero, a cambio de la operación, y la dama se lo negó, ¿comprendes?

—¡Oh, querido, calla, por favor! Eso que insinúas es monstruoso.

—Por supuesto, mas es la pura verdad, la absoluta verdad, Ivonne. Mira, ya hemos llegado —añadió bajito—. ¿Te veré esta noche al marchar?

—Creo que tengo guardia.

—Entonces te esperaré. No me agrada que andes sola por estos lugares a altas horas. El último autobús pasa a las dos de la madrugada.

Se estrecharon las manos y cada uno subió por escaleras diferentes.

El sanatorio hallábase enclavado en medio de un parque extensísimo. Era blanco como copo de nieve. Grande, alargado y cuajado de ventanas apaisadas a lo largo de las cuatro fachadas. Estaba circundado por una tapia alta e imponente y los convalecientes se movían por el parque uniéndose a los blancos uniformes de las enfermeras que los atendían.

Ivonne dejó la gabardina en su departamento y se puso el uniforme. Cambió algunas impresiones con sus compañeras, y luego salió al pasillo aún sujetando la cofia.

—Ivonne, ve al despacho de la enfermera-jefe. Preguntó por ti hace cosa de media hora —dijo una compañera al cruzarse con ella en el largo pasillo.

Ivonne sintió un golpecito en el corazón.

«Me reñirá de nuevo —pensó—. Dirá que soy así, y andando, añadirá después que soy demasiado orgullosa y elegante para hallarme supeditada a ella».

Atravesó el pasillo. Numerosas puertas blancas se alineaban a ambos lados. Ivonne no miró a parte alguna. Caminó recta y tocó con los nudillos en una puerta de enfrente.

—Adelante.

Como siempre, la voz de la enfermera-jefe era dura y áspera. La voz de una persona acostumbrada a vivir diariamente entre el dolor y, a causa de esta habitual convivencia, ajena a las amarguras humanas.

La figura exquisita de Ivonne, más exquisita cuanto más blanca, se perfiló en el umbral. Tras su mesa, un rostro enjuto y feo se elevó.

—Pase usted por el despacho del director —dijo fríamente—. Y en lo sucesivo recuerde que a las tres debe estar en el sanatorio. —Miró el reloj—. Ha llegado usted con media hora de retraso.

—Lo siento, señorita Vernay.

—¡Lo siento! ¿Es que es tan pobre su vocabulario que jamás acierta a encontrar otra frase más expresiva?

—No es mía la culpa —añadió Ivonne con humildad—. El autobús tiene sus horas fijas.

—Haber venido en el anterior.

Ivonne irguió el busto casi imperceptiblemente. Una honda rebeldía se alzaba en su corazón.

—He velado hasta la madrugada, señorita Vernay. Justo es que haya descansado unas horas. De haber venido en el autobús anterior habría llegado aquí a la una en punto de la tarde y mi obligación hoy no comienza hasta las tres.

—Debió comenzar a las tres. Ahora son ya las tres y media —rectificó la enfermera-jefe con acritud—. Por otra parte, tiene usted unas piernas jóvenes, pudo venir andando.

—Son seis kilómetros —comentó Ivonne, mordiendo su rabia—. Estoy bastante cansada, señorita Vernay, para caminar durante dos horas, y lloviendo.

—Bien, retírese usted. Acuda al despachos del director y mañana procure llegar puntualmente. De no existir de por medio un contrato, hace mucho tiempo que la hubiese despedido.

Ivonne hinchó el pecho. Quizás iba a protestar, pero los ojos fríos de la enfermera-jefe se clavaron en ella, y la voz sonó cortante:

—Le he dicho que se retire. Buenas tardes.

El despacho era amplio, largo. Las paredes estaban atestadas de libros, dos sillones al fondo, un sofá de terciopelo rojo y una mesa grande en mitad de la estancia. Tras aquella mesa se hallaba el doctor Hans Keibert. Los ojos muy azules, la tez cetrina, los cabellos negrísimos, sin ondas, sin fijador, pero crespos, enmarcaban la faz hermosísima de dios griego. En aquel instante departía con uno de sus médicos. Este era joven, bien parecido y tenía en la mano un documento.

—No sirve —rechazó el doctor Hans sin inmutarse—. Y como no sirve, que lo arreglen y venga otro día. Hoy tengo mucho trabajo, Sidney.

—Es grave, señor.

—Yo me estoy muriendo —comentó Hans con absoluta indiferencia—. ¿Quién se compadece de mí?

—El señor director bromea.

—¡Oh, sí, tengo aspecto de bromear constantemente! ¡Buenas tardes, Sidney!

No, Hans ciertamente no tenía aspecto de bromear, había algo terrible en sus ojos profundos, ásperos. Su rostro, de facciones endurecidas, pero indescriptiblemente hermosas, parecía aquella tarde más indiferente que nunca. El joven galeno comprendió la inutilidad de insistir. Cogió el documento, inclinóse levemente y se dirigió a la puerta.

—Procura no venirme más con esas encomiendas —dijo Keibert antes de que la puerta se hubiese cerrado. Después se acomodó mejor en el sillón giratorio y encendió un habano.

Fumó con fruición. De súbito, como si recordara algo, abrió el dictáfono y preguntó:

—¿Es que no ha venido esa muchacha, señorita Vernay?

—Estará con usted al instante, señor director.

Fumó con placer. Era un hombre sumamente interesante, aunque su estatura no pasara de lo corriente. Mas había

algo en su rostro que desvanecía aquella carencia de tipo imponente. Sí, Hans Keibert no era alto, ni elegante, pero vestía con soltura un tanto desdeñosa y ello contribuía a borrar aquel pequeño defecto, si es que era defecto en realidad. Vestía invariablemente un traje gris de franela oscura, camisa blanca y corbata negra. Hans no guardaba luto por nadie, pero un día, hacía muchos años, se puso aquella corbata, se encontró a gusto con ella, habituóse a su color y desde entonces jamás tuvo la más leve intención de ponerse otra. Por eso quizá llamaba la atención su indumentaria. Vestía siempre igual y ello hacía que se fijaran en él no solo por su carrera brillante, sino por su originalidad.

Tocaron suavemente en la puerta y Hans incorporó el busto. Los labios gruesos, muy rojos y húmedos, propios del hombre sensual que vive constantemente hundido en los placeres, se entreabrieron en una sutil sonrisa. No se movió. Ordenó que entrase con voz profunda y bronca, y la figura de Ivonne se recortó en el umbral.

Jamás como en aquel instante había parecido tan frágil y femenina. Era bella, con una belleza serena y reposada, llena de distinción. Hans, habituado a perfeccionar facciones humanas, se dijo que nunca, en todo el transcurso de su carrera, había visto cara como aquella. Ni labios como aquellos, que incitaban al beso, ni ojos como los de la inmovible Ivonne Fossey.

—Pasa —ordenó sin dejar de mirarla.

Un ojo del doctor Keibert, el izquierdo para ser más exactos, tenía cierto tic nervioso. Se cerraba y se abría constantemente y ello ponía más nerviosa si cabe a la joven enfermera.

También es cierto que aquellas pupilas masculinas producían en Ivonne, en la ecuánime Ivonne, un sobresalto indescriptible. Las había sentido clavadas en su rostro constantemente, haciéndole daño, desnudándola, acariciándola. La boca jamás había dicho nada, pero la bella enfermera lo temía a cada momento. Ahora se hallaban frente a frente

y la muchacha no dudó de que el momento temido estaba allí, rozándola ya.

—Bien —continuó Hans, muy cerca de ella ya—. ¿Quieres tomar algo?

—Gracias, señor. He venido a...

—Te mandé llamar.

—Espero me indique lo que desea de mí. He de reintegrarme a la sala K dentro de unos instantes.

—Estando conmigo no tienes necesidad de ir a parte alguna. He ordenado que otra ocupe tu lugar.

Ivonne dio un paso atrás.

—Señor...

Hans dio otro hacia delante, después otro, y otro...

—¿De qué vives? ¿Con quién vives? —preguntó—. Hace tres meses que llegaste aquí recomendada por no sé quién. No tenía necesidad de personal, pero tú eras una chica bella y me agradó tu forma de mirar.

—Señor...

—Bien —continuó Hans, muy cerca ya de ella—. ¿Sabes para qué te he mandado llamar? Pues para algo muy interesante. Pienso hacer mucho por ti. Espero que esta noche, cuando salgas del sanatorio, ocupes un lugar en mi coche. Me complacerá llevarte hasta tu casa.

—Lo siento, señor —repuso Ivonne, domeñando su rabia y su humillación—. Me esperará un amigo e iremos a pie, si no cogemos el autobús de las dos de la madrugada.

—¡Ah, un amigo! Bien. Os llevaré a los dos.

El pecho de Ivonne se hinchó. ¿A los dos? Evidentemente no era tan malo como decían. Si consentía en llevarlos a ambos, a Douglas y a ella, es que no esperaba gran cosa de aquella intimidad.

—¿Necesitaba decirme algo más, señor director?

La boca de Hans, aquella boca que parecía formada para el beso, se atirantó un tanto. El ojo izquierdo parpadeó varias veces en un solo instante.

—Por supuesto, pero te lo diré en otra ocasión. Espero que no tengas inconveniente alguno en cenar conmigo mañana por la noche.

—Lo siento, señor.

—¿Por qué?

—Una enfermera es muy poca cosa para cenar en compañía de un personaje como usted.

—¡Bah! Eso son tonterías. Te iré a buscar a las nueve en punto.

Ivonne se revolvió inquieta. Miró en todas direcciones, como queriendo escapar de aquellos ojos que la taladraban, y al fin dijo sin mirarle:

—No acostumbro a cenar con hombres desconocidos.

—¿Desconocidos? Yo soy tu amigo.

—No he dicho yo otro tanto, señor. Usted es mi superior, pero no mi amigo.

—¡Oh! —comentó Hans, cansándose de aquel tiroteo de palabras inútiles—. Eso son tonterías... No solo pretendo ser tu amigo, jovencita. Aspiro a ser mucho más. Y lo serás, ¿sabes? De cualquier modo que sea, lo serás. Nunca he deseado algo que no lo alcanzara. —Sonrió pálidamente, con ironía, y añadió bajando la voz—: Tú eres una mujer bella y necesitas un hombre como yo. Espero que no seas demasiado tonta. Lo que estoy proponiéndote, me lo habría dado sin titubeos cualquiera de tus compañeras.

Ivonne se irguió cuan alta era. El momento temido había llegado y, sin alteraciones fuera de lugar, estaba dispuesta a rechazar la proposición del doctor millonario.

—Creo que hará usted muy bien en dirigirse a esas compañeras que asegura no le rechazarán.

—Desde luego que lo haría si me interesaran. Pero lo lamentable es que a mí solo me interesas tú. Me has interesado desde que pisaste el césped del parque y te vi desde esta ventana. Has de ser tú, Ivonne Fossey; espero que no te rebeles. Eres algo absolutamente mío, como las salas del

sanatorio, los enfermeros, los médicos y casi los enfermos, a quienes puedo mandar cuanto se me antoje.

—Se equivoca usted. Cumplo aquí con mi obligación y no tengo otra cosa que hacer. Solo Dios nuestro Señor tiene derecho sobre mí, señor director. Se lo digo ahora para que no insista usted.

—¡Oh, qué tontería! —mofose Hans sinceramente, cansado de la polémica—. Es posible que con paciencia llegara a conseguirte, pero no tengo paciencia, ¿sabes? Me gustas mucho y te..., te deseo como jamás he deseado nada. Así pues, esta noche a las dos te llevaré a casa. ¿Dices que vas con un compañero? Bien, os llevaré a los dos, pero mañana cenarás conmigo.

Ivonne, muy pálida, nerviosa, intranquila, movió la cabeza de un lado a otro, denegando.

—En ese caso dejaré el sanatorio ahora mismo, señor director.

—No podrás —rio él, inclinándose mucho hacia ella—. Existe un contrato de por medio y estás obligada a cumplirlo durante cinco años mientras el director no determine lo contrario, y la verdad es que por ahora no me interesa determinar nada con respecto a ti, excepto lo que ya he dicho.

Ivonne dio un paso hacia atrás y después otro. Tocó con la espalda en la puerta y miró por última vez al hombre, que no se había movido para impedir su salida.

—Ruego a usted, señor, que desista de perseguirme. Jamás, ¿me oye usted bien, Hans Keibert? Jamás seré eso que quiere hacer de mí. Se lo juro por la memoria de mi padre, que era médico también y un caballero; antes prefiero morir que descender un átomo en la estimación que tengo de mí misma.

—Muy bonitas palabras —rio Hans, sin inmutarse—. Pero la vida es larga y las mujeres blandas. El dinero es muy hermoso, Ivonne Fossey, y yo pongo bajo tus pies todo lo que tengo. O en tus bellas manos, como quieras mejor.